

LA GANADERIA, SECTOR BASICO

Juan Andrés Montes

La crisis de la ganadería se viene prolongando a lo largo de muchos años y, sin embargo, pese a la conciencia que existe sobre su problemática, no se toman las decisiones necesarias para enderezar el sector. Concretamente, puede decirse que no existe en España una ganadería vacuna, de carne, que pueda considerarse como tal. El ganado de carne —el de leche aparte— no llega al 10 por 100 de todo el ganado vacuno. Proporción mínima en completo desacuerdo con las necesidades del país.

Tronezamos aquí con un defecto típico de tantas vertientes económicas españolas: atomización productiva. Es sabido, por evidente, que el ganado para carne precisa una explotación extensiva. Esto es: precisa explotaciones de 500 vacas como mínimo, en lugar de pequeños rebaños: de diez, veinte o treinta cabezas. En nuestro país, no obstante, las explotaciones extensivas son prácticamente inexistentes y quizá ello se deba a que no hay para el productor unos precios garantizados. Y la incertidumbre le aconseja no introducirse en unos gastos de resultados imprevistos.

Además, las tierras aptas para este tipo de explotaciones ganaderas están dedicadas hasta ahora al cultivo de cereales, de tal forma que padecemos una carencia de pastos alarmante. España, por su orografía, presenta, sin embargo, muy buenas condiciones para la creación de praderas para pastos que harían posible una explotación más racional del ganado vacuno. Y sin necesidad de nuevos terrenos para praderas, ¿no serían muchos terrenos considerablemente más rentables como praderas que como cultivos de cerea-

les? Indudablemente existen tierras pobres cuyo rendimiento económico se acrecentaría considerablemente. Aunque, lógicamente, para ello sería preciso incentivos a los ganaderos o a los agricultores que quisieran pasarse a la ganadería. Y esto sólo sería posible por medio de medidas dictadas por organismos oficiales.

El censo de vacas con que cuenta España es de seiscientos mil. Cifra notoriamente insuficiente que nos obliga a masivas importaciones de carne. Un país como el nuestro, con más de treinta millones de habitantes, no puede tener un censo ganadero tan exiguo, máxime cuando sus condiciones para su explotación son óptimas en extensas zonas. Necesitamos importar, además de carne, vacas para la reproducción. Con el censo actual, el incremento del ganado vacuno es inviable. Con la vista puesta en el futuro —en los años setenta y tantos simplemente— está claro que se imponen medidas urgentes para evitar que el déficit de hoy se agrave de forma peligrosa. La prospección es fundamental en política económica, y en el caso del ganado vacuno, es fácil mensurar la situación futura de continuar como hasta ahora.

Artículo tan básico en la alimentación, como la carne, no puede seguir en las pasadas y actuales circunstancias. España no puede seguir dependiendo de los mercados exteriores y sus correspondientes fluctuaciones de precios. La ganadería, abandonada durante tanto tiempo, exige medidas drásticas y urgentes. La causa de que el sector presente defectos inherentes a la pasada autarquía de la posguerra no es válida en 1967.

NAVIDAD 1967

NO DEBE ASUSTARNOS EL FUTURO

Por ANTONIO FONTAN

Quizá para muchos españoles estas Navidades del 67, en contraste con las inmediatamente precedentes, estén envueltas en una atmósfera de cierta frustración. Todavía el país no se ha repuesto del choque psicológico de una devaluación de la moneda que la gente no esperaba, y que constituye el prólogo de una nueva estabilización y de las congelaciones que en este moralmente duro y largo invierno que acaba de empezar han de producirse. Llegamos a la Navidad con una Universidad en tensión y un ambiente de desazón en los medios obreros. Tampoco son mayores las ilusiones de los que hace un año, con la masiva aprobación de la Ley Orgánica del Estado, pensaron que se abría una etapa de dinamismo político y de una más amplia participación nacional en las responsabilidades colectivas, capaz de disipar las brumas del futuro.

Pero estos hechos, que en algunos, sin duda, generan decepción, para otros representan un estímulo. Y a todos nos deben recordar que el quehacer nacional, en las condiciones históricas de la España de hoy, es esencialmente trabajo y reclama el esfuerzo individual y colectivo de todo el pueblo.

Ha habido momentos del pasado en que la historia tenía menos protagonistas y éstos eran, en definitiva, unas cuantas personas dirigentes. La hora de esas minorías o "élites" restringidas se ha extinguido: podríamos añadir

que felizmente. Porque las sociedades que funcionaban así, en los momentos de la decisión tenían la onerosa contrapartida de que en ellas también eran solamente unos pocos los que disfrutaban de los bienes del espíritu y de los bienes de la tierra.

Por eso, las dificultades nacionales—que tantos pueblos, incluso los más ricos y poderosos, no dejan de sufrir—han de ser para los españoles que se enfrentan con el nuevo año no pesadumbre, sino aliento.

Quizá algún día en las Historias de España pueda leerse que 1967 fue el año final de la posguerra y 1968 el principio de un período nuevo. No sólo porque haya habido ya unas primeras elecciones directas y porque tenga que ser reestructurada nuestra economía y reorganizado, con la reforma sindical, el mundo del trabajo. Sino, sobre todo, porque el país, tras veinte meses de liberalización de la Prensa y de progresiva toma de conciencia de sus problemas, empieza a salir de un estado de tutela y a enfrentarse, en mayoría de edad, con las realidades. Y eso sucede en todos los sectores del país, que, además, es muy distinto de la España pobre, amarga y erizada de los años 30.

De la insatisfacción inquietud presente debe surgir una España moderna, consciente y renovada. Hay una base material, de educación y de niveles de vida como nunca hemos tenido antes. Pero ahora no se trata ya de depositar la

confianza en unos pocos, sino de asumir cada uno la responsabilidad que le corresponde.

No es un problema estrictamente de técnicas políticas, sino en buena medida un problema moral. En un país que se halla en la situación del nuestro, el mañana es siempre una promesa de esperanzas. Pero para que florezcan y fructifiquen en la vida hay primero que poner orden en los sistemas de valores y de ideas, en los estímulos y objetivos y, después, obrar en consecuencia.

Si hubo un momento en que se dijo que era preferible la injusticia al desorden, eso hoy entre nosotros no podría repetirse sin una dosis de cinismo incompatible con la segunda mitad del siglo XX. Y si un día hubieron de recortarse las libertades individuales y públicas en aras de la convivencia, hoy, por el contrario, ha de fomentarse un pleno desarrollo de la persona y de la vida social, fundamento indispensable para la única convivencia, responsable y democrática, que es razonable pretender ahora. Y si hubo un tiempo en que era conveniente o necesario mostrar a los españoles una "imagen" "dirigida" del mundo y de las cosas, también ha terminado ya. Porque la intercomunicación social a escala nacional y universal encara al pueblo entero con numerosas y variadas perspectivas sobre las realidades externas e internas y le permite optar por muy diferentes soluciones.

Todo lo cual quiere decir que hay que partir de una renovación de valores y de ideas. Y que la libre y abierta discusión, la búsqueda de la verdad y del bien por todos los caminos, el derecho a equivocarse y el derecho natural a disentir, sin más límite que el respeto a las libertades y personas de los otros, son la base moral de una sociedad moderna.

La Navidad se nos aparece como el símbolo o la cifra de todos esos principios morales hoy tan necesarios. Los hombres de la buena voluntad, a quienes se promete la paz, son los que libremente buscan, encontrándolo o no, lo que le dicta a cada uno la intimidad de su conciencia.

Por eso, en esta Navidad, a todos los hombres de buena voluntad—a los que nos siguen y los que nos combaten, los que nos prestan atención y los que nos ignoran, los que nos entienden y los que nos interpretan mal—les deseamos felicidad. A todos ellos también desde esta página de MADRID, que lleva más de un año en la brecha cotidiana de la buena voluntad, les invitamos a renovar sus esfuerzos para ese 1968 que va a nacer muy pronto. Para que en él se den pasos decisivos hacia la realización de esa legítima aspiración de mejora y progreso en la que somos protagonistas todos y que alienta cada día con más vigor en el pueblo español.

Reunión del Consejo del Reino

En el despacho de ministros del palacio de las Cortes se reunió ayer tarde, bajo la presidencia de don Antonio Irujo, el Consejo del Reino; reunión que se prolongó hasta las ocho y media.

Acompañaron en la presidencia al señor Irujo el capitán general Muñoz Grandes, en su calidad de vicepresidente, y don Pío Cabanillas, como secretario. Asistieron los consejeros del Reino doctor Marcello, arzobispo de Madrid, y los señores López Muñiz, Arias, Lample, Espinosa Poveda, Fernández-Cuesta, Batlle, Poveda Murcia, Fontana, Bau, García Valiño, Taboada y marqués de Lozoya. La ausencia de un titular corresponde a la presidencia del Tribunal Supremo, que, como se sabe, está vacante.

NOTABLE AUMENTO EN LAS NECESIDADES DE CONSUMO DE COMBUSTIBLE PARA 1968

MADRID.—Dieciocho millones de toneladas de crudos aproximadamente van a ser importadas durante el año próximo, según ha previsto el Plan general de combustibles para 1968.

El mercado peninsular va a experimentar—según dicho Plan—un notable incremento en sus necesidades de consumo de combustibles con relación al año actual.

El plan general de combustibles, sometido y aprobado ayer por un acuerdo del Consejo de Ministros, ha previsto que nuestro mercado va a consumir un 11 por 100 más de gasolina de octanos superiores que durante 1967. Asimismo, el consumo de la gasolina de octanos inferiores va a incrementarse en un 30 por 100.

En cuanto a los gases licuados, las necesidades de consumo ascenderán un 14 por 100 más que en 1967. Va a ser también necesario un 6 por 100 más de lubricantes.

El gasto de fuel-oil aumentará en un 8 por 100 y el de gas-oil en un 11 por 100.

Las previsiones del Plan general de combustibles se refieren únicamente al mercado peninsular, sin incluir a Canarias, ni provincias africanas.—Europa Press.



—No nos abren; nos han tomado por José y María.